

EL VASCUENCE Y LA LINGÜÍSTICA

Por HUGO SCHUCHARDT

Traducción de EMILIO MAS

Este trabajo del gran lingüista austriaco se publicó en 1925, bajo el título "Das Baskische und die Sprachwissenschaft", en las Actas de la Academia de Ciencias de Viena. La versión que aquí ofrecemos no es completa, sin duda porque el traductor ha temido encontrar dificultades de espacio. Aun en esta forma ligeramente abreviada, es de la mayor importancia para el conocimiento de las ideas de Schuchardt no sólo en lo referente a cuestiones vascológicas, sino también en algunos de los problemas lingüísticos más generales.

Al mismo tiempo que los estudios vascos entran en un nuevo y variado florecimiento, vuelve a dirigirse, por todas partes, la atención a los problemas fundamentales de la lingüística. Es muy natural que hayamos pensado en corroborar y dar un sentido más profundo a la relación evidente que existe entre ambos. Ahora bien, se acostumbra a hablar no de la lingüística, sino de lingüística general. Ello es lícito, sólo que no se la debe oponer a las ciencias particulares del lenguaje con las que juntamente fluye, o, si se quiere, coincide.

Todas las lenguas del mundo, las actuales y las de otros tiempos, con inclusión de las desaparecidas sin rastro y aun de las imaginadas, constituyen un todo, una unidad (1): el lenguaje. Podríamos hasta decir: todas las lenguas del mundo están emparentadas entre sí. Naturalmente en diversos grados: desde la aparente identidad hasta la aparente falta de relación. Sin embargo, el concepto

(1) W. Humboldt cita la expresión "una cierta uniformidad entre todas las lenguas".

de parentesco que constituirá, por decirlo así, el eje de nuestra discusión, sólo más adelante será puesto en claro.

Primero conviene dejar sentado que el lenguaje no es ninguna cosa o ser, sino, hasta en su más mínimo elemento, un proceso. Una palabra pronunciada no es otra cosa que un conjunto de ondas de aire que al punto se disipan. Sólo por una repetición indefinida llega a ser palabra. Ahora bien, como—aun cuando del lenguaje se trata—nuestro único medio de hacer inteligibles nuestros pensamientos es el lenguaje, y éste se encuentra recargado de metáforas, tampoco nosotros los investigadores lingüistas podemos prescindir de ellas. Por más que algunas como Biología, Paleontología, son a todas luces superfluas y corren peligro de que se les cuelgue el “ismo” como un sambenito.

En todo caso la hipótesis debe permanecer en sus límites y no se le puede permitir que dificulte o enturbie nuestra comprensión de la realidad. No se nos ocurrirá poner seriamente en paralelo la evolución, por ejemplo, de *litium* en *giglio*, *tirio* o *lis* con el desarrollo de un capullo hasta la floración. Y sin embargo nos acercáramos mucho con ello a la manera de pensar de los nuevos gramáticos, que se encuentra estampada especialmente en expresiones negativas como “la carencia de excepción de las leyes fonéticas” o “fonéticamente imposible”: Es cierto que se ha ido trabajando continuamente en su demolición, pero sólo en puntos secundarios y con excesiva cautela. Aunque no sea más que por motivos de comodidad, el antiguo andamiaje continúa en pie.

El alto sentido práctico de las leyes fonéticas no se discute. En el fondo son normas de trabajo para el etimólogo. Pero no conducen por sí mismas a una realidad última o exhaustiva, sino que permiten, o exigen, repetida revisión de los resultados. Ni nos abren en manera alguna una clara visión en el interior de la vida del lenguaje: no son leyes inmanentes de él. Por otra parte podríamos no hablar aquí siquiera de lenguaje, sino de hablantes, y tampoco de leyes a secas, sino de los efectos de las leyes que continuamente se cruzan entre sí.

Aquí se abre camino inevitablemente la pregunta de si no podríamos comparar el lenguaje, cuando no a un organismo natural, al menos a los procesos naturales, es decir, fisiológicos que se operan en él. De hecho esta pregunta me fué planteada una vez por las Ciencias Naturales. Y hasta en la literatura encuentro ensayos de fundamentar circunstanciadamente una contestación afirmativa. Pero no hay más que ver cuánto distan los procesos sin cesar interrumpidos y renovados del lenguaje de la continuidad de los procesos fisiológicos.

El carácter social de la evolución lingüística no ha sido nunca realmente desconocido. Fué tan sólo durante algún tiempo oscurecido por el nuevo dogma gramatical. Pero, si se quiere hablar de leyes en el lenguaje, sólo pueden ser leyes sociológicas, y, naturalmente, con las limitaciones establecidas más arriba. Que en ello se sigan las tendencias colectivas o no, es indiferente; pues como dice W. Wundt: "Como toda vida espiritual, también la vida del lenguaje consiste en un intercambio de efectos entre el individuo y la colectividad y dentro de este intercambio de efectos corresponde siempre el papel creador al individuo y a la colectividad, el apropiador." Dicho en otras palabras: siempre ha habido un estilo del individuo que da la pauta para el modo de ser del conjunto. Los comienzos individuales acostumbran a estar envueltos en las sombras. Tan sólo nos es permitido, como máximo, seguir su evolución una vez mostrados a la luz. En el lenguaje diferenciamiento e igualación actúan en continua oposición. Por último, sin entrar en detalles, mencionaré la característica más importante del lenguaje: el simbolismo, la unión de significado y signo, de forma interna y forma externa.

El concepto de importancia me conduce aparentemente, lo reconozco, a un círculo de consideraciones ajenas a la actividad lingüística. De la pluralidad de facetas del lenguaje se sigue tal sobreabundancia de clasificaciones, tendencias y métodos que apenas hay posibilidad de ponerse de acuerdo en cuanto al empleo de los comparativos y superlativos del adjetivo "importante" se refiere. Pero, por más que una valorización en que no tome parte la subjetividad no es ni siquiera imaginable, hay que buscar, como sea, fundamentarla. La ciencia descriptiva es tan sólo un grado preparatorio de la verdadera ciencia, la explicativa. Mas, ¿cómo es posible una descripción del lenguaje, de lo que nunca alcanza un punto de reposo? Sólo sacando instantaneas de él, fijando artificial y arbitrariamente sus procesos. Estas fijaciones son imprescindibles para la ciencia. Se disputa, con todo, que ellas mismas son ya ciencia, y se hace venir a parar continuamente la lingüística en Historia de la Lengua. Pero esto es sólo aceptable cuando se toma esta palabra en su sentido más amplio, es decir, cuando se equipara historia a suceder.

En el transcurso de los siglos —éste es el significado corriente de la historia del Lenguaje— se transforma *mater amat filium*, en una gran comunidad, en *la mère aime le fils* (filogénesis); en el transcurso de unos meses toma la última en un niño, el lugar de *mère aimer fils* (ontogénesis); en el transcurso de un instante, reemplaza esta misma en un individuo, como forma externa, la forma in-

terna, o sea al pensamiento de que la madre ama a su hijo (autoontogénesis). Por todas partes tropezamos con evolución; en consecuencia el ser debe explicarse a partir del devenir y la primacía ser reconocida al método genético.

Sin embargo, ésta conduce a la demostración por opuestas direcciones, como si principio y fin fueran confundibles entre sí. Para unos el camino va "dal tetto in giù", y descendi desde lo metafísico a lo positivo, con lo cual la ciencia del lenguaje queda teñida por los diversos sistemas filosóficos. Otros hacen como los constructores de la Torre de Babel y cuecen y cuecen ladrillos hasta que el vértice alcance el cielo. De todas formas la base debe descansar en el presente, en lo que inmediatamente se ofrece a nuestra observación y examen. Sin el convencimiento de que los factores del lenguaje han sido los mismos en todo tiempo no podemos dar ningún paso en el pasado. Ello es evidente aun en escala reducida. Desde el punto de vista metodológico las lenguas vivas proporcionan mayor cantidad de enseñanzas para las muertas que éstas para aquéllas.

Como toda lengua, podemos también comparar el vascuence con cualquier otra para aclarar ésta o ganar para sí misma una aclaración. La comparatividad presupone lo que yo he designado en la introducción como parentesco.

De él me ocupo hace mucho tiempo, en parte con referencia directa al vascuence, en parte desde un punto de vista de principio; y he tenido ocasión de manifestar mis ideas frente a Meillet. Ambos estamos de acuerdo en muchos puntos; por cierto, más de lo que Meillet cree. Y debo considerar como un mal entendido el que él diga: "M. Sch. ne se place pas au point de vue des sujets parlants, mais au point de vue de la langue". Cuando yo aquí, o donde sea, hago referencia al lenguaje, en lugar de los hablantes es simplemente porque me sujeto a un uso abreviatorio como acostumbra a hacer Meillet mismo. Por cierto, que sin hacer pausa, continúa diciendo, que para mí, lo importante es: purement le souci d'être compris de ceux a qui l'on parle? Se trata, pues, para ambos del hablante. Sólo que yo afirmo que la necesidad de un lenguaje comprensible es ciertamente más apremiante y de más alcance, que la voluntad consciente de emplear una determinada lengua (le sentiment et la volonté de parler la même langue). Por lo demás, si quisiéramos atribuir a la voluntad el papel decisivo, ésta no debería ejercer su acción tan sólo en la retención de una lengua, sino también en su adquisición, y, en efecto, según asegura Meillet: les habitants de la Gaule ont voulu acquérir le latin et ils y sont parvenus. ¿Pero no podría asegurarse con el mismo derecho que los habitantes del sur del Tirol se han decidido

por el italiano? Sin embargo, el cambio de idiomas es el fenómeno más importante de la historia del lenguaje y merece, junto con sus preliminares y efectos, la más atenta observación por el lado científico, donde se presenta oportunidad y posibilidad para ello. Al mismo tiempo él constituye, como más adelante se nos hará evidente, un obstáculo poderoso para una satisfactoria definición de la lingüística.

Teniendo en cuenta tal objeto es recomendable comprobar y poner en claro primero en los hechos parciales el parentesco entre las lenguas. Estos pertenecen sea a las formas internas sea a las externas, y en ellas coinciden en gran parte dos clases de parentesco, el elemental y el histórico. El primero de ellos podría también denominarse afinidad. Naturalmente yo no llevaré las cosas al sombrío fondo de la gramática escolar, sino a la claridad del método genético. Confío en que no rebasaré en mi hipótesis la medida de lo que suele estar permitido en general a la lingüística.

Cuando decimos que el hombre comienza con el lenguaje o el lenguaje con el hombre, no debemos pensar en el lenguaje desarrollado, sino en el capaz de desarrollo (2) que tiene muchos rasgos comunes con el lenguaje invariable de los animales.

El hombre de los tiempos primitivos percibía diariamente, tanto de la Naturaleza viva como muerta, un sinnúmero de sonidos, diversos en frecuencia, e imitaba muchos de ellos, especialmente los propios; en otras palabras, repetía a sabiendas los producidos por él involuntariamente. Y por cierto, se servía de ellos para comunicar a sus compañeros las necesidades más apremiantes de la vida que se relacionaban con los procesos internos y externos.

Con ello las palabras que denotaban procesos vinieron a ser la materia fundamental del lenguaje. De ellas fueron las primeras por cierto no las que presentaban un proceso ya realizado, sino uno que había de realizarse, por tanto con significado de imperativo como ¡anda!, ¡ven!, ¡mira! En este grado el lenguaje de sonidos se hallaba combinado con el de gestos: ¡mira! (aquí, allí, ahí). Del verbo, que fué por tanto la palabra primitiva y miembro único de la primitiva frase, ha partido todo el desarrollo posterior del lenguaje. Dos frases primitivas relacionadas con el mismo proceso se funden en una frase

(2) El mismo S. Arana Goiri creía no hallarse en contradicción con las Sagradas Escrituras cuando en las "Lecciones de ortografía del Euzkera bizcaino (pág. 16, nota) 1896 dice: "Para que el hombre hablara no tuvo Dios necesidad de infundirle o darle hecha el habla, sino la facultad de hablar...". Sin embargo, en mi parecer sí que incurre en contradicción Humboldt cuando después de decir que "el descubrimiento (del lenguaje) sólo de un golpe pudo suceder", afirma, "pero no se debe uno imaginar el lenguaje como algo dado ya hecho.

de dos miembros, uno de los cuales aparece como ampliación y desenvolvimiento del otro, como su predicado, si no tomamos esta expresión en un sentido estrictamente lógico; p. ej. ¡anda! ¡corre!=ve corriendo. En la frase bimembre se redujo el verbo a adverbio y adjetivo, pero sólo en la frase trimembre surgió la segunda especie de palabra, el nombre, p. ej. mira (ahí), se desliza, ha desaparecido: se desliza—lo que se desliza (la culebra). Aquí se hace visible el origen verbal del sustantivo tantas veces combatido, y sobre todo la evolución de la yuxtaposición a la subordinación. Si junto a ésta colocamos la evolución del orden de las palabras habremos nombrado los dos factores principales de la gramática, mejor dicho de la morfología y la sintaxis. Junto a ellas se nos manifiesta una tercera clase de palabras, el término de relación, que representa lo subjetivo frente a aquellas otras dos objetivas, que es siempre atenuación de una de ambas y a su vez se reduce a afijo.

Así ha surgido la flexión en sus dos ramas, conjugación y declinación, expresiones estas que tienen su origen en extrañas concepciones. V. Eys tiene mucha razón al negar la declinación al vascuence, pero con el mismo derecho se la podría negar al latín y al alemán. Lo que denominamos caso, está constituido por capas muy diversas, en su mayoría por adverbios, y junto a ellos un adjetivo (genitivo), un imperativo (vocativo) y una palabra desnuda, el no-caso (nominativo). El nominativo no designa tan sólo el agente como sujeto, también el paciente puede estar en nominativo.

La concordancia de formas (3) internas entre dos o más lenguas descansa en gran parte tan sólo en el parentesco elemental; por sí misma no demuestra parentesco histórico. Pero ambos pueden venir a encontrarse en muchos casos; nada permite una definitiva separación, como, por ejemplo, en uno de los problemas más interesantes de la lingüística, el artículo.

Muy recientemente ha sido éste estudiado a fondo, en lo que al danés se refiere, por un danés. Su opinión de que la introducción del artículo significa un progreso cultural o está relacionado con él es muy discutible, pero da mucho que pensar.

El artículo vasco presenta quizá más interesantes problemas que el danés. Su posposición es desde luego comprensible; es consecuencia de la posposición del demostrativo que es su fundamento y al cual le es propia. En tiempo prehistórico ha habido quizá un artículo antepuesto que posteriormente se ha fundido con el sustantivo. No sólo el tercer demostrativo, sino también el segundo ha dado

(3) Empleo esta palabra "forma" en el más completo sentido, manera (semántica, fonética), de ser.

lugar a un artículo. La aparición del artículo en vasco ha sido de seguro al menos favorecida por el existente en romance. Ambos deben datar aproximadamente de la misma fecha: los casos locales sin artículo continúan conteniendo sentido de artículo. El orden de las palabras en vascuence no permite deducir nada seguro en cuanto al posible parentesco. El sorprendente contraste entre el genitivo antepuesto y el adjetivo atributivo postpuesto tiene su fundamento en el interior de la lengua. Los alemanes no deben hacerse partícipes de la burla cuando se echa en cara a los vascos que uncen los bueyes tras el carro, pues p. ej. el alemán "die von Ihnen mir gebrachte Kohle" se pliega exactamente al vasco "zuk ekarri didazun ikatza."

Cierro este capítulo con una larga discursión acerca del pasivismo del verbo, que tanto desde un punto de vista general como particular merece la máxima atención. Yo opinaba, de todas formas, que en lo que a esta cuestión se refiere había por mi parte suficientemente contribuído, especialmente desde que en 1893 aclaré la conjugación vasca desde muy diversos puntos, y en 1895 encontré el tránsito del vasco al caucásico. Eso me fué permitido tanto más cuanto que mis demostraciones quedaron sin seria crítica. Sin embargo, algunas palabras que un investigador como Meillet ha exteriorizado o, en parte, retenido me hacen volver de nuevo a ella. La cuestión no me parece ya presentable como entonces: ¿debe ser el vascuence incluido entre las lenguas sometidas al pasivismo?, sino: ¿existe realmente tal pasivismo? Es ésta una cuestión filosófica y yo confiaba en verla antes contestada por un filósofo, por ejemplo E. Cassirer, el cual desde la alta mar de su ciencia lanzaba favorables miradas sobre la costa a lo largo de la cual navegaba, pasando de largo por los puertos abiertos mientras hacía alto en otros ocultos. Esta esperanza no me engañó por completo; en el lugar donde yo buscaba encontré las palabras de Caassirer: "La designación de un proceso no incluye aquí en principio ninguna relación con un agente o con un paciente: el verbo constata tan sólo la entrada en acción del proceso mismo sin ligarlo directamente a la energía de un sujeto o hacer visible en la forma verbal misma la relación con el objeto hacia el que tiende." Las palabras son completamente acertadas, pero no sólo —como el "aquí" del principio indica— para el caso de las lenguas malayas, cuyo conocimiento se procuró él de Humboldt. Debería haber hablado en general. Y para ello su misma lengua nativa le hubiera proporcionado documentos probativos.

Todo verbo es en sí mismo indiferente, es decir, ni activo ni pasivo: *geh-*, *schlag-* es impersonal (infinito) y no sólo las formas impersonales (die Impersonalien) sino también es *wird gegangen* = *Schritt* es *wird geschlagen* = *Schläge!* (se anda: pasos; se golpea:

golpes). Que no se trata en este caso de nada abstracto sino de realidades es fácil de comprobar: para la percepción de un proceso no es necesario que vaya acompañado de un agente o paciente, y lo mismo que existen verbos finitos existen también nombres finitos. ¿Por qué se considera como singularidad de algunas lenguas el que en ellas no se puede decir p. ej. lengua a secas, sino mi lengua, tu lengua, su lengua, como si el pronombre no jugara el mismo papel (sea imprescindible o superfluo) que en: yo ando, tú andas, él anda? Finalmente podría "él golpea" donde el objeto no está indicado, valer como forma infinita. Activo y pasivo no son, como ya se ha dicho, cualidades internas del verbo, sino que designan tan sólo relaciones en que se encuentra con respecto a los otros elementos de la frase. La terminología tradicional nos induce también aquí a error: hablamos de tema o raíz verbal en lugar de hablar de verbo. Dice Trombetti: en vasc. n-a-bil, yo voy n-a-kar-k, tú me traes, -abil y a-kar contienen tan sólo la raíz "non c'e che la radice. ¿Y con qué derecho se atribuye a ésta un significado pasivo"? ¿Con qué derecho un significado activo, digo yo? Su indiferencia es completa hasta que se le aplica el pronombre; en la colocación de éste estriba la cuestión. Nosotros captamos la n- como sujeto lo mismo que en n-a-bil; pero aun concediendo que de esta coincidencia de forma y posición no se sigue necesariamente la "función", sin embargo el alemán mich trägst du demostraría todavía menos la tesis de Trombetti, puesto que este orden es inusual y en ninguna manera idéntico a du trägst mich. El carácter indiferente del verbo se pone claramente en evidencia en ejemplos tomados del alemán: ich lasse ihn (die Last) tragen und ich lasse ihn (im Sessel) tragen. El mismo proceso es concebido en doble relación que puede ser expresada como aquí por medio de un agregado substancial (Last, im Sessel) o por prefijos (hingehen, hergehen, ausleihen, entleihen) o por palabras enteras (geben, nehmen, lehren, lermen). Igualmente en estados; ich stehe hinter dir-du stehst vor mir (4).

En esta relación de activo y pasivo se encuentran también ser

(4) Con ello el círculo no está todavía cerrado; muy en su lugar estaría aquí la mutación vocálica existente en ciertas lenguas para diferenciar el activo del pasivo. Se nos muestra en ella ciertamente algo emparentado con la infijación; la cual por su parte es una variante de la afijación. Pero también influencias fonéticas juegan un papel en fenómenos semejantes. Piénsese en la palatalización de los diminutivos en vascuence, sea acompañada de las terminaciones correspondientes o sin ellas (hasta en la conjugación). Nos movemos en un dominio extraordinariamente amplio y sujeto a continuas modificaciones que con las expresiones polaridad y contrasentido no es ni con mucho abarcado en toda su extensión. El método genético debe entrar aquí vigorosamente en acción.

y haber (vasc. d[u] y za), y de ahí se pone en claro por qué ambos, en el uso, frecuentemente se reemplazan tanto en vascuence como en otras lenguas, y en alemán no menos que en muchas de ellas. Los fenómenos que aquí se nos presentan pueden dividirse en varios grupos. El uso vasco del verbo como auxiliar corresponde al románico y germánico en rasgos generales. Mejor podríamos decir; es difícil de determinar hasta qué punto se ha ejercido aquí el influjo de esas lenguas. Izan, sido, reemplaza a uk(h)an, habido, sólo conservado en el Este, y así se encuentra izan dut, yo he tenido, junto a izan naiz, yo he sido; y al revés ukan naiz parece presentarse aisladamente en lugar del último. Fuera de las formas infinitas se encuentra también considerablemente extendida la sustitución de haber por ser. Así por un lado na-za-n, para que él me tenga, propiamente, para que yo sea tenido (por él) y nenzan, él me tenía, propiamente, yo era tenido (por él), junto a na-z, na-iz, yo soy. De las lenguas románicas y germánicas usan algunas "yo he sido" en el mismo sentido que las otras "yo soy sido". Es precisamente en vascuence donde esta sustitución tiene mayor vigor, es más instructiva: en las formas (impropias) de relación de "ser". Y por cierto en parte en completa concordancia con el alemán: da hast du mich=da bin ich. Por último, en las denominaciones de estados internos (inclinaciones, sentimientos, etc.), se presenta tan pronto haber como ser, p. ej. beldur naiz: estoy de miedo=beldur dut: yo tengo miedo; gose naiz: estoy de hambre (hambriento)=gose dut: tengo hambre. Igualmente pero aislados en alemán: er hat Ernst=er ist ernst; er hat Angst=es ist ihm Angst, er ist angst; cf. nord alem. es ist zu schade dafür (est ist schade um ihn+er ist zu guat dafür). Usualmente en los dialectos criollos, ek is honger, ich bin hungrig, ek is skaam, ich schäme mich, los cuales coinciden con el vasc. gose naiz, ahalke naiz. Exteriormente considerado parece que en todos estos casos se ha operado un intercambio de adjetivo con sustantivo, y se acostumbra a hablar de un desplazamiento categorial (5), pero en el fondo el sentido no se ha modificado, el verbo continúa siendo lo que era, tan sólo su acompañamiento ha cambiado. Podríamos igualmente hablar de un cambio de cópula: er hat Güte = er ist gütig. Y en efecto, nosotros decimos: sei so gut y habe die Güte.

(5) Junto a verbos con contenido también adverbios derivan de sustantivos. Vasc. indar, significa fuerza, indar jo, golpear fuertemente; correspondiéndose completamente con el alemán forsch schlagen. Relacionada con esta indiferencia entre las llamadas partes del discurso se encuentran la de agente y paciente con verbos en su esencia idénticos: Ich fasse Mitleid-Mitleid erfasst mich. Sólo que en este caso las imágenes sugeridas son distintas.

Con la cópula se comporta el vascuence como nuestras lenguas. Esta no es ninguna necesidad del lenguaje sino algo completamente secundario. Sin embargo no es necesario suponer que en vascuence sea un préstamo.

Establecer una clasificación de las lenguas, una tipología que descanse sobre las formas internas es cosa muy hacendera. Ciertamente apenas puede darse para el vascuence una característica más sorprendente, y para muchos eruditos decididamente increíble, que el recién discutido pasivismo. Y sin embargo, si quisieran amoldarse a él, verían venir a parar al vascuence en la misma clase que lenguas no sólo localmente muy alejadas de él, sino en otros muchos puntos completamente distintas. Con lo cual no se ha dicho que no puedan existir en general entre las formas internas de una misma lengua extensas relaciones.

Pero están sujetas a una frecuente y profunda modificación: el pasivismo mismo surge tan pronto del activismo como va a parar a él (6). La clasificación de las lenguas en monosilábicas, aglutinantes y flexivas, que se ha ampliado con la introducción de grados intermedios, se ha demostrado desde hace ya tiempo como científicamente inutilizable (7). El vascuence no entra en los tipos de (Steinthal-)Misteli y de Fink. Y si J. Byrne (1885) hubiera venido en conocimiento de la pasividad habría sacado de seguro, conforme con las tendencias de su libro, conclusiones sobre el carácter de los vascos. Las formas internas penetran fácilmente de una lengua en otra vecina o que vive con ella en común. La sintaxis vasca se defiende casi con mayor dificultad de la influencia románica que el vocabulario. De este lado de la frontera de las lenguas romance no faltarán tampoco fenómenos correspondientes.

Me vuelvo ahora a las formas externas y por cierto, en primer lugar a las más sencillas, los sonidos. Pero haré tan sólo ligeras reflexiones sobre ellos. Tomados en conjunto se encuentran en todas las lenguas esencialmente los mismos, al menos dinámicamente. A nosotros los alemanes se nos antojan dificultosos algunos sonidos árabes. Y sin embargo, los producimos involuntariamente como interjecciones con relativa frecuencia. Existe, pues, por todos lados un parentesco elemental. La cuestión ahora es averiguar si junto a él se producen préstamos de una lengua a otra. Demostrar esto es

(6) La comparación de las lenguas románicas con el latín muestra cuán fundamentalmente pueden modificarse los tipos en todos sus aspectos.

(7) Las dificultades inherentes a esta definición las apreciaron en su justo valor hace ya tiempo W. v. Humboldt y posteriormente el intérprete de su obra F. A. Pott (Berlín 1876). Lamento no haber anudado directamente con las suyas mis consideraciones de 1917.

realmente difícil. En vascuence podemos sospechar influencia francesa para la *ü* oriental y española para la *j* occidental, por más que aquí yo considero más probable el camino contrario. La nasalización se ha desarrollado aparentemente por sí misma en vascuence lo mismo que en otras zonas. Yo oí en Sare aházten, olvidar, junto a ahanzi, olvidado, y más tarde descubrí por propia observación que yo mismo como alemán del centro pronuncio sin duda siempre fünf, pero en lenguaje descuidado fufzehn (o füzzehn) o todavía más vulgar fufzehn.

H. Gável me informa que muchos vascos dejan percibir un comienzo de nasalización de la *a* en sílaba cerrada. Y tal án me es a mí como habitante de Estivia muy familiar aun en el alemán. Igualmente la *r* como letra de unión p. ej., ein Mann wie-*r*-ich, die Sophie-*r*-auch, Scirocco-*r*-ist. Aun lo muy aislado puede contribuir desde la distancia a la aclaración; que el vasc. goan, por joan, es resultado de una asimilación me lo ha hecho ver el Gohann de mi país natal. Algunos fenómenos los tiene el vasco en común con otras muchas lenguas; p. ej. su repugnancia hacia la consonante doble inicial. En otros casos, es dudoso que se puedan trazar paralelos; así entre *th:d* <lat. *t* a principio de palabra (nav. thorre, sul dorre, por lo demás torre <lat. *turris*) y el celta (ir. dia sathuirn. (ir. *dia thuirn*, galés *dydd sadwrn* × *dies Saturni*), en interior de palabra.

Me he tomado la libertad de incluir entre las formas externas sonidos y grupos de sonidos a los cuales nada interno parece corresponder, porque ante mis ojos flotaban las relaciones originarias que por lo demás se han conservado y renovado hasta hoy en día.

La onomatopeya —ruego se tome esta expresión en su sentido más amplio— constituye el estado originario del lenguaje y se presenta como sonidos o sílabas aisladas; por lo que no se debe suponer que yo me adhiera a las banderas de Astarloa. Más para hacer visibles posibilidades que realidades, voy a entrar en contacto con uno de los grupos de palabras más interesantes, comunes entre los pueblos. La más natural y desde luego la más extendida forma de exteriorizar el asombro, o especialmente el miedo, consiste, como se ve, por ejemplo, en nuestra lengua en abrir la boca, con lo cual se produce naturalmente un sonido labial: *b^a*, *p^a*, *m^a* (o con *o*, *u*). En empleo consciente —y por cierto generalmente reduplicado como casi todas las onomatopeyas— se refiere tan pronto (pasivamente) al que se asombra: tonto, etc., como (activamente) al objeto que ocasiona el terror, ya sea: un insecto (repugnante), ya un fantasma. Así tenemos en vasco 1 babo, barbulo, bobo —papao— mamu, mamau, mamarro, 2 a) barbalot —pupu— mamu, momu, mumu, mamurru, momorro, 2 b) barbau, bobo —papao— mamu, marro, momu,

momo, momorro, marmo. Como interjección aparece *ba* (asombro) en romance, eslavo y germánico (cf. ital. *ma!*), como sustantivo *bu* (fantasma) en España, Italia, Gales (cf. holandés *boeman*). Con ellas han venido a confundirse **baba* (al menos en el portugués *ba-bao*, distinto de *papao* por el sentido) y también *balbus*, *barba*, *wau* (ladrido de perro al. "wauwau" perro o fantasma) en fin de palabra —*au*—, ao. Y en esloveno *bavbav*, *bavec*, *bavka*, fantasma. En el checo *bobák* se ve, naturalmente, un predecesor del alemán *Popanz* (*Popel*); igualmente podría atribuirse este papel al galés *bawbach* (o *bw*). La relación de *papa* y *mama* con el sexo parece a veces tener influencia en las expresiones que designan fantasmas, así *calabr*, *pappu* y *mommu*, *paparutu* *mommarutu*. Una de las palabras más antiguas para fantasma es el gr. *mormô*, que se vuelve a encontrar en *bergam*. *maramao*, *barabao*, y el idéntico en significado *mormolykeion*, en rum. *papaluga*. Digna de notar es la relación entre fantasma e insecto que se manifiesta también en otras formas, así el rum. *bordea*, *borza*: fantasma y *borza* escarabajo; ital. central *borda* (far la *borda*=far il *bubù*) y *bordegon*, *bordau*, *bordoch*, etcétera, insecto repugnante. El francés *bourdon* parece relacionarse con ellos, pero el sentido hace dificultad. Han sido éstos, pequeños pasos que he intentado dar en un laberinto que no quiere perder tal carácter. El vascuence es muy rico en palabras onomatopéyicas pero no debemos ver en ello ni siquiera particularidad del idioma; esta riqueza se explica, lo mismo que otras de sus cualidades, por su fuerte diferenciación dialectal, que no es mitigada por ningún centralismo. Lo mismo que en él, en otras lenguas encontramos palabras gemelas con una *m* inicial en el segundo elemento; así tenemos el vasco *zurru-murru*, por ejemplo, junto al que podemos colocar el alemán *Schurr-murr*. Se siente la *m* tan frecuentemente como elemento separador de una palabra gemela que a veces por causa de la *m* una palabra sencilla es trada como doble, así en la *Historia Sagrada* de Larréguy *aliamalia*, animales en lugar de *alimalia*. Si bien he separado las palabras onomatopéyicas de las demás palabras, no se debe ver en ello, según ya anteriormente he explicado, una división fundada en la esencia de ambos grupos, sino tan sólo en su aplicación para investigaciones genealógicas. Fronteras fijas no se pueden trazar ni teórica ni prácticamente. Voy a poner esto de manifiesto con un ejemplo más sencillo que el que ofrecen los grupos de palabras más arriba presentados. Vasc. *piz*, *orina*; *piz-piz* *egin*, orinar (lenguaje infantil) puede ser interpretado como préstamo románico, pero no es necesario. La carencia de citas antigua en la literatura nada demuestra en este caso. Kluge supone que el alemán *pissen* es préstamo del francés *pisser*, que juntamente con

el italiano *pisciare* derivaría del lenguaje de las nodrizas. ¿Pero no podrían el popular *pischen*, *wischerln*, etc., con el mismo derecho, ser puestos como fundamento del italiano?

Sólo podrían, pues, ponerse en juego con éxito, para compararlas con las de otros idiomas y demostrar sus relaciones de parentesco, las palabras vascas en las que no se encuentre ya ningún rastro de origen imitativo. Por cierto Geografía e Historia colocan en nuestro caso a las lenguas romances en un amplio y luminoso primer plano. Las coincidencias que reposan en semejanza pueden haberse producido de dos modos: o la palabra románica ha penetrado en vascuence o la vasca en romance; una tercera posibilidad general, el origen de una fuente común, apenas se puede, en nuestro caso, tomar en consideración. El número de las palabras vasco-(ibero)-romances hasta el presente admitidas es relativamente escaso, y ello se comprende fácilmente. Por otra parte, relativamente muchas de ellas deben ser anuladas, casi todas ellas a cuenta de Larramendi. Sin embargo, se ha descubierto, por ejemplo, muy recientemente que los romanos han recibido *pilofa* de los vascos. A veces en una tal derivación del vascuence está todo en regla, y, sin embargo, por sí misma no dice gran cosa. Así, el español *cenzaya*, vasc. *seinzai*, *niñera*. Si *cenzaya* fuera general en el español poseería un interés histórico cultural que en las circunstancias dadas apenas puede reclamar (como, por ejemplo, el alemán *Bonne*). También en el nordeste, entre la población fronteriza *bearnesa*, algunas palabras vascas se han aclimatado por completo. Las palabras vasco-románicas, al menos españolas, ejercieron durante cierto tiempo un gran atractivo sobre los lingüistas. Después de Larramendi, sin embargo, este atractivo fué languideciendo y vino entonces el turno de las palabras romano-vascas. Desde el vocabulario neológico de Chaho, o mejor dicho, de su mitad, aparecida en 1856, hasta los más jóvenes y activos colaboradores romanistas, se ha ido acumulando una cantidad prodigiosa de material, y todavía mucho está en perspectiva. No es mi intención ni siquiera el dar una ojeada rápida sobre lo hasta ahora realizado. Bastará tan sólo hacer resaltar del conjunto algunos hechos particulares desde el punto de vista de su interés de principio o metodológico. El sentido popular favorece siempre el estudio científico de la lengua propia, pero se revuelve contra concepciones que parecen reducir su importancia. No será, pues, superfluo que haga constar que el vascuence —más exacto sería decir los vascos— ha ofrecido una fuerza de resistencia sorprendente a la presión de las lenguas romances y que no tiene de qué avergonzarse ante lenguas ampliamente extendidas como el celta o el albanés, ¿qué digo?, ni siquiera ante el mismo alemán. Este puede ofrecer-

nos ejemplos capaces de echar por tierra ciertos escrúpulos que aun no vascos acostumbran a mostrar. Hay palabras cuya significación dificulta en cierta medida el pensamiento de que acaso sean préstamos, especialmente aquellas que han perdido por completo su independencia, es decir, los afijos. Hace unos veinte años recogió Uhlenbeck cuidadosamente de la literatura los sufijos nominales vascos y nos los presentó ordenados alfabéticamente. Ahora Azkue, del tesoro de conocimientos que ha ido acumulando desde la niñez y sus largos años de observación concienzuda, nos ha proporcionado una rica exposición de ellos. Azkue se acredita de profundo conocedor del idioma y un evaluador lingüístico de fina sensibilidad, pero sin especial inclinación por adentrarse en la mina profunda de la investigación lingüística. Prefiere pasearse por las verdes campiñas de su patria y recoger aquí y allá florecillas que distingue según su costumbre con cariñosas calificaciones: linda, lindísima. Pero hasta tanto que a los olorosos ramilletes no se les haya asociado un catálogo alfabético, me será a mí muy difícil, al menos desde mi punto de vista genético, sacar provecho de esa riqueza. Yo no sé lo que Azkue piensa de mi ensayo dedicado a los sufijos nominales románicos en vascuence, acerca de los cuales yo mismo he dejado traslucir mis reparos en casos aislados. Comprendo que a él le haya venido el pensamiento de que en el español manera pudiera encontrarse la terminación vasca "era", lo cual, desde luego, las restantes formas románicas, *manière*, *maniera*, *maneira* excluyen. Por otra parte, hay que hacerse ciertamente mucha violencia para ver en el -era de gerthaera, suceso, un sufijo romance cuando no se abraza con la mirada desde lo alto todo lo relacionado con él. Y precisamente estas correspondencias se encuentran en el dominio de los sufijos especialmente desarrolladas. Y si se quisiera nombrar en la lengua vasca junto al pasivismo otra característica más destacada, sería ésta la exagerada predilección por los sufijos, cuyo lastre de funciones apenas es aligerada por prefijos, y que se manifiesta de diferentes maneras en aglutinaciones, fusiones, cruzamientos, extensiones de sentido. Lo que más nos sorprende es quizás encontrar sufijos aislados.

Adverbios románicos no faltan en vascuence; así "ya" sólo o asociado en *yadanik*, ya.

Más de uno se sorprenderá al encontrar préstamos entre los verbos fuertes, es decir, aquellos que tienen una conjugación simple, Y, sin embargo, una palabra de tan noble apariencia como *e-karr-i*, traído, no podría negar su parentesco con el celt.-lat. *carrar*, *carrire*; *sard.*, *carrare*; *rum.*, *cara*; francés, *charrier*; ingl., *carry*; galés, *cario*; alem., *karren*. Los verbos de percepción, tanto senso-

rial como espiritual, provienen en su mayor parte de la Romania, así endelgatu de intelligere, etc.

A las coincidencias del vascuence con el romance se agregan otras con el griego, celta, germánico, que llevan la impronta innegable de los préstamos. El árabe se encuentra, según las circunstancias conocidas, completamente excluido; sólo podría haberse deslizado de manos del castellano. El vasco común esker, gracia, constituye para mí todavía un enigma, de su identidad con el árabe agradecer (también en berb.: por ejemplo, con el artículo árabe esseker l-Allah, gracias a Dios) no puedo dudar y, sin embargo, no encuentro en español nada que se le corresponda.

Las concordancias externas del vasco con el romance que pueden ser considerados como préstamos, nos proporcionan en su conjunto una tierra tan firme que nos permiten desde esta isla aventurarnos a navegar en alta mar. Esencialmente en dos direcciones conduce nuestra ruta, ambas hacia oriente, la una por el sur hacia las lenguas camíticas, la otra por el norte hacia el Cáucaso. Hace poco tiempo he intentado exponer cuán lejos hemos ya llegado; a ello añadiré ahora lo siguiente: Tras de mi mencionado, un tanto fragmentario artículo, apareció a continuación, o más bien se cruzó con él, un folleto de Uhlenbeck en el que se informa más ampliamente del estado de la cuestión del parentesco del vascuence. Nos presenta un registro muy completo de las concordancias vasco-caucásicas, que ha elegido de entre las más "acertadas" hasta hoy descubiertas. Que a muchas de ellas se les podría colocar al lado otras hamito-semíticas no menos acertadas no vienen al caso, pues ni yo, ni él, ni Trombetti, admitimos aquí una oposición, y de las últimas "Comparazioni lessicali" se podría hasta tener la impresión de que el camítico se encuentra en primera línea. Pero si camítico y caucásico no necesitan excluirse en una etimología vasca, la relación entre las lenguas vecinas y las lejanas es muy otra; un préstamo reconocido del romance excluye la búsqueda de su rastro en otras fuentes. Podríamos repetirnos la advertencia de Goethe: ¿Vas a andar siempre errante? Mira, el bien se encuentra muy cerca. Si la etimología románica no fuera universalmente reconocida podría elevarse una solicitud para que sea rechazada la opinión ajena y aceptada la propia. Trombetti piensa en el fondo lo mismo que yo, pero no tiene ocasión de probarlo con hechos. Sin embargo, sin análisis no se puede solventar ningún caso de litigio. Miremos atentamente ante todo en nosotros mismos, reconoceremos que cada uno por su propio camino llega a una determinada convicción. Por todas partes se mezcla lo subjetivo con lo objetivo. Motivos individuales se adelantan a la fundamentación etimológica. Entonces, se acostumbra a oír la palabra sal-

vadora: lo particular debe ser captado en el conjunto de sus relaciones. Pero precisamente esas relaciones no son para uno las mismas que para el otro. Yo, como romanista, llego al vasco -eta- de la declinación plural y tendiendo la vista atentamente en derredor, lo más cerca posible, me traslado en pequeñas etapas por un camino que a mí me parece seguro hasta el latín -etum, Trombetti, por el contrario, recorre en rápido vuelo las más extensas distancias y hace alto en todo -ta, que parece satisfacer su objeto. También esto es lícito, sólo que debe admitirse la contraprueba por otro camino. De ahí pueden resultar sorprendentes constelaciones muy ricas en enseñanzas, como pondré en claro en un caso determinado. Me refiero aquí a un trabajo de Trombetti que se encuentra en impresión. Latín y vasco no ofrecen ningún motivo para disputar que el sufijo vasco de participio -tu deriva del latín -tus (rom. -do). Trombetti, movido por razones que halla fuera y que yo no sé apreciar, se inclina a rechazarlo. Si él tuviera razón, es decir, si el -tu fuera ya prerrománico, ¿qué nos impediría considerarlo un préstamo como ahora hacemos? Parece predominar la idea de que si nosotros limpiáramos al vascuence de todo lo que en él ha penetrado en el transcurso de los dos mil últimos años, tendríamos ante nosotros una masa homogénea: el antiguo, el puro vasco. Imaginable es, ciertamente, pero es con mucho más verosímil que la lengua de la que consideramos al vascuence como descendiente, hubiera ofrecido a un investigador lingüístico de ese tiempo no menores enigmas de los que hoy a nosotros nos presenta. Y préstamos encontraremos en cualquier comienzo imaginable a que ascendamos, ¡si toda palabra ha sido alguna vez préstamo! Pero me detengo, he venido a parar a un camino solitario; y no es que tema haberme extraviado en la subida, sino tan sólo haber perdido el contacto con mis compañeros. Lo que importa es, ante todo, que nos entendamos sobre el sentido de "parentesco lingüístico". Es ésta una de las muchas expresiones (como, por ejemplo, leyes fonéticas) que una vez, con bastante pocos escrúpulos, fueron echadas al mundo, cargándonos a los a él venidos más tarde con la revisión. Pondremos término ahora a lo que en el comienzo de este artículo fué iniciado. Es éste uno de los problemas más intrincados de toda la lingüística y corremos peligro de quedar enredados en una petición de principio. Siempre me ha parecido aconsejable establecer primero el parentesco de conjunto —por lo general se sigue el camino contrario—. Ahora bien, la suma de coincidencias y el cómputo de porcentajes es dificultado por la sencilla razón de que no se trata tan sólo de contar, sino de pesar. ¿Y con qué peso? Se afirma que en la gramática, no en el vocabulario, se encuentran los caracteres esenciales de una lengua,

que allí están los huesos, aquí la carne. ¿Y los nervios dónde están? Aparentemente se corresponden con las formas internas. Pero éstas atestiguan tan sólo parentesco elemental, no genealógico. Cuando entre las formas externas se favorece a las formas gramaticales frente a las lexicales, ello no está autorizado por ninguna real y duradera oposición, por ninguna que no se repita dentro de las lexicales en renovada medida.

Contra la utilización de los caracteres gramaticales en la cuestión de parentesco se producen por ellos mismos serios reparos. Su duración no constituye en absoluto la regla; téngase presente, por ejemplo, la relación del francés con el latín (8). Además son casi siempre de gran sencillez fonética, de modo que con facilidad se repiten y por su ambigüedad conducen a error. Finalmente, existen innumerables lenguas en las que faltan por completo; ¿qué consecuencia podemos sacar de ahí? Que en muchos casos tenemos que negarnos a hablar de parentesco, porque no es demostrable. Pero no necesitamos fundarlo en que está oculto muy en el fondo, sino en que no existe en absoluto. Así nos vemos, por último, conducidos a preguntar si el parentesco lingüístico corresponde a un hecho verdaderamente real. Las actividades se encuentran en relación mutua tan sólo por intermedio de los seres activos, las lenguas por intermedio de los hablantes. El parentesco lingüístico es imagen de la comunidad de linaje, había yo dicho en 1917, y ya mucho tiempo antes había el uso lingüístico equiparado ambas expresiones. Pero debe hacerse notar que imagen es tomado aquí en un sentido muy amplio, y que el paralelismo entre los troncos lingüístico y genealógico, aun en las condiciones más favorables, es muy incompleto, y, cosa esencial, es interrumpido a menudo a consecuencia de un cambio de lengua. En resumidas cuentas, el parentesco lingüístico no tiene el valor de un concepto estrictamente científico. Pero no tenemos por qué desdenarle. Podemos servirnos de él. Y mejor quizá con cierto descuido que con un exceso de precaución. Esta advertencia podemos generalizarla; nuestras actividades pedagógicas nos hacen a veces pasar por alto que el lenguaje es una finísima materia, un continuo proceso de modificación que requiere un tratamiento que se le adapte suavemente. En la relación del lenguaje con los hablantes tienen su origen diversos estudios secundarios, puesto que la cultura de los últimos no puede menos de ser tenida en cuenta. Sin embargo, mientras se trata de lo presente y sujeto a segura

(8) J. Vendryes. *Le langage* 362: "...voilà tout ce que le français conserve de l'indo-européen. Qui sait, si l'on ne trouverait pas des raisons plus topiques de le rattacher au sémitique ou au finno-ougrien?"

observación no se producen colisiones. La cosa cambia cuando nos encontramos con cráneos, armas e inscripciones como únicos restos de un pueblo desaparecido. Entonces no faltan rebasamientos de fronteras y ataques a tierra enemiga. Se olvida que Antropología, Arqueología y Lingüística deben arreglárselas cada una por sí misma. Y no es que no puedan favorecerse mutuamente, sino que, por decirlo así, deben marchar separadas y a porfía hacia la batalla común. Finalmente, pretende tomar parte también la Filología, mejor dicho, dar el tono al discurso poniendo ante nuestra vista nombres de pueblos cuya valoración, grande o pequeña, nunca deja de tener para nosotros importancia. Sin embargo, cuando todavía en nuestros días se confunden, por ejemplo, los esclavos de Prusia con los actuales prusianos, no tenemos por qué esclaver una incondicional confianza en tales cosas a los antiguos historiadores. Y por más que ellos, según su opinión, procedan muy escrupulosamente, ¿qué les ha de preocupar si el nombre de un pueblo proviene de ellos mismos o de sus vecinos, y si es signo de un mismo lenguaje y una misma cultura? Los iberos del Este han sido en todo tiempo considerados idénticos a los del Oeste. Pero a pesar de la coincidencia seductora de sonido que une a los vascos con los moscos y abjazes, no acabo de decidirme a no ver aquí un nombre relacionado con el río Iberus, y allí una evolución de Imer-ni (los del lado de allá). Por otra parte, se ha discutido la relación genética de los vascos con los iberos. Así por ejemplo, recientemente Schulten que se esfuerza en destronar a los iberos en favor de los ligures. Yo le he salido al encuentro con fundamentos histórico-lingüísticos. El excelente e incansable prehistoriador P. Bosch Gimpera, que se encuentra en estrecha relación científica con Schulten, no ha podido menos de reconocer que "el origen ligur del vascuence ha sido combatido por Schuchardt con buenas y poderosas razones." Pero a continuación, en la misma conferencia, asegura: "La hipótesis de que el vasco sea una lengua ibérica no está de ninguna manera demostrada. H. Schuchardt acepta ciertamente elementos iberos en vascuence, pero se expresa con precaución en cuanto a su significación con relación al origen de la lengua." Se tiene la impresión de que ibero y ligur son puestos en este caso en condiciones de igualdad y que el torneo que ambos se disputan haya de ser ventilado en el terreno de la arqueología. Esto lo ha afirmado recientemente Bosch de una manera abierta, asegurando, a consecuencia de ciertos resultados de la investigación arqueológica, que la imposibilidad de considerar a los vascos como un resto de los iberos es por ellos ampliamente demostrada. Confío en que el profesor Bosch no me tachará de ingrato por causa de mi decidida oposición a su tesis.

Confieso que, prescindiendo de otras muchas cosas, le soy deudor del conocimiento de la inscripción de Alcoy, por mí publicada posteriormente. Ciertamente no ha sido todavía interpretada, ni siquiera leída en su integridad con certeza. Pero encuentro en ella correspondencias de sonidos y no es de ninguna manera imposible que nos hallemos ante una lengua emparentada con el vascuence. Ahora bien, si yo consiguiera, a pesar de su gran alejamiento en el lugar y en el tiempo, demostrar el parentesco, no por ello atribuiría tal carácter a las piezas halladas junto a la inscripción. ¿Y negaría P. Bosch a mi inscripción el carácter vasco por estas piezas complementarias? Raza, cultura, lengua, no pueden sin más ser equiparadas; por iberos entiendo yo sólo aquellos que hablaban la lengua ibérica.

Entre Trombetti y yo no existe ninguna oposición de principio. La idea de parentesco lingüístico yo no la rechazo, la despojo tan sólo de fronteras ciertas, y a ello he sido conducido por la observación de las lenguas vivas. Ya en 1870 puse en entredicho la existencia de un prelobardo o preitaliano. En 1912 escribí yo: por todas las partes andamos a la caza de protolenguas, pero ellas se nos muestran como unidades reales tan sólo por transmisión directa. ¿O es que acaso si careciésemos del latín clásico podríamos inferir la lengua latina de las románicas tal como hoy viven en boca del pueblo? También la lengua indoeuropea pertenece para mí al método "supongamos que fué así". ¿Y se querrá a toda costa hacer entrar los dialectos vascos en un sistema genealógico? (9). No es contra la Monogénesis del Lenguaje en Trombetti contra lo que yo propiamente me he revuelto, sino contra su alternativa: Monogénesis o Poligénesis. Ambas se encuentran desde un principio y para siempre entrelazadas mutuamente, y es dentro de ellas que toda la evolución lingüística tiene lugar.

Trombetti dice: *Le radici dei verbi d'azione sono di origine onomatopeica... altra origine io non so concepire.* Otro origen yo no me sé imaginar para ninguna otra palabra; naturalmente, me refiero a su origen último.

Me queda, finalmente, un serio escrúpulo. Nuestro conocimiento del lenguaje va sin cesar en aumento; nos parece ser enorme y, sin embargo, no abarca más que el presente y lo más reciente del pasado; sólo en dos o tres puntos alcanza algunos milenios atrás,

(9) Cuando ciertas lenguas se precian de su antigüedad no es una cualidad inmanente a la lengua lo que con ello se expresa (digamos por ejemplo la vetustez) sino la unión firme e ininterrumpida de la lengua con el pueblo; el "kymrico" es "yr hen iaith Gymraeg" frente al nuevo "Seisoneg", el vasco, el antiguo euskara frente al nuevo erdara.

mientras que decenas de milenios quedan envueltas en las sombras. Un minúsculo montoncito de material de construcción ante un gigantesco castillo en el aire, que debe ser construido con él. Esta situación desventajosa no es sólo propia de la Historia de la lengua. Se le debe tener en cuenta no prestando a lo conjeturado o por conjeturar ninguna validez absoluta (10). Nos encontramos ante una escala de posibilidades y probabilidades, de las cuales la que más sólo como verdad relativa puede ser considerada. De manera que me parece que Trombetti ha disparado un poco demasiado alto cuando dice: fino a che non siano confutate ad una ad una e nel loro insieme le infinite prove addotte, la mia dottrina (non teoria nè ipotesi!) deve considerarse come dimostrata. O acaso no suficientemente alto, puesto que olvida a la intuición, poderosa ayuda de la investigación. Por otra parte, prescindiríamos gustosos del eco del conocido "hypotheses non fingo" de Newton. No se crea que con lo expuesto pretendo ejercer una crítica de la obra de Trombetti, que cambió en claridad y limpidez materiales procedentes de un río revuelto. Ni siquiera al objeto del conjunto. Se sentía la necesidad de una obra semejante; había que fijar una meta imposible de alcanzar para que nosotros averiguáramos hasta dónde podríamos llegar. Además, en mi sentir, es más valiosa la obra que el resultado, el desenvolvimiento de la capacidad de reconocimiento más que la ampliación de los ámbitos del mismo. Recordando mi etimología románica, que en un tiempo era muy grata a mi corazón, me atrevería a decir, por más que ello pueda ser un tanto místico: sí, el verdadero hallar consiste en un verdadero buscar.

(10) Piso aquí el mismo terreno que Vendryes que coincidiendo conmigo contradice a buen seguro a su maestro estimulador y consejero Meillet cuando dice: Certains théoriciens de la linguistique diront que cela importe peu. Pour eux la parenté dialectale existe d'une façon absolue indépendamment même de toute démonstration. Ils la font reposer en effet sur la conscience et la volonté qu'ont les individus de parler la même langue que leurs parents (Le lang. 365). Vendryes llegó a la misma consecuencia que yo: Ce n'est plus seulement la démonstration de la parenté qui devient impossible; c'est la notion même de la parenté qui s'efface et disparaît. Meillet sin embargo, aun concediendo que en determinadas circunstancias "la question des parentés de langage est pratiquement insoluble" (Ling. 97) se mantiene firme en afirmar que la "notion de parenté des langues est chose précise" (Ling. 101).